

La vida de los animales

J. M. Coetzee

Amy Gutmann, Marjorie Garber, Peter Singer,
Wendy Doniger, Barbara Smuts



bauplan

Índice

INTRODUCCIÓN	
<i>Amy Gutmann</i>	9
LA VIDA DE LOS ANIMALES	
<i>J. M. Coetzee</i>	19
1. Los filósofos y los animales	21
2. Los poetas y los animales	55
REFLEXIONES	81
<i>Marjorie Garber</i>	83
<i>Peter Singer</i>	97
<i>Wendy Doniger</i>	105
<i>Barbara Smuts</i>	121
CONTRIBUCIONES	139

Introducción

«PARA CIERTOS ARTISTAS, la seriedad es un imperativo que une lo estético y lo ético», escribió John Coetzee en *Contra la censura*. En las Conferencias Tanner de la Universidad de Princeton (1997-1998), Coetzee despliega esa seriedad capaz de unir ética y estética con *La vida de los animales*. Como una típica Conferencia Tanner, las de Coetzee se centran en un importante problema ético —el trato de los humanos a los animales—, pero su forma de abordarlo dista mucho de los ensayos filosóficos que suelen presentarse en una típica Conferencia Tanner. Los discursos de Coetzee son formalmente ficcionales: nos invitan a imaginar un acto académico (desconcertantemente parecido a las Conferencias Tanner) en el que Elizabeth Costello, a la vez novelista y personaje novelesco, es invitada por el Appleton College a impartir dos conferencias honoríficas sobre un tema de su elección. Costello sorprende a sus anfitriones al no hablar sobre literatura o crítica literaria, sus áreas de especialización académica. En cambio, aprovecha la oportunidad para analizar en detalle lo que considera un «crimen de proporciones descomunales» que sus colegas académicos y congéneres humanos cometen con frecuencia y complacencia: el maltrato animal.

Coetzee dramatiza las crecientes dificultades en las relaciones entre Costello, su familia y sus compañeros profesionales. Ha empezado a ver a sus semejantes como criminales, mientras ellos piensan que les está exigiendo algo —un cambio radical en su manera de tratar a los animales— que no tie-

ne derecho a exigir, ni ellos la obligación o el deseo de cumplir. En el marco de la ficción, la historia de Coetzee sobre la visita de Elizabeth Costello al Appleton College contiene argumentos empíricos y filosóficos relevantes para la cuestión ética de cómo los humanos deberíamos relacionarnos con los animales. A diferencia de algunos animales, los seres humanos no necesitamos comer carne. Si lo intentáramos, tal vez podríamos tratar a los animales con la debida consideración hacia su «sensación de ser». En la primera de sus conferencias (la parte principal de la primera conferencia de Coetzee), Costello arguye que no hay excusa para la falta de compasión que los humanos mostramos hacia otros animales, pues «no hay límite a la medida en que podemos imaginarnos siendo otro. La imaginación empática no tiene límites». Sin embargo, la mayoría de los humanos no ampliamos los horizontes de nuestra imaginación para incluir a los animales porque «parece que podemos hacer cualquier cosa [con ellos] y salir impunes».

Hemos cerrado nuestros corazones a los animales, concluye Costello, y nuestras mentes siguen a nuestros corazones (más concretamente, a nuestras simpatías). La filosofía, por tanto, es relativamente incapaz de guiar en la dirección correcta porque está rezagada con respecto a nuestras simpatías. Esto desplaza la cuestión más allá de las capacidades racionales a las que la filosofía suele apelar. Nuestra imaginación empática, a la que la poesía y la ficción recurren con mayor frecuencia que la filosofía, debería aplicarse también a los demás animales. En manos de Coetzee, la forma ficcional parece albergar propósitos éticos: extender nuestra compasión a los animales. Si la ficción no lo hace, tampoco lo hará la filosofía; si lo hace, quizá la filosofía siga su ejemplo.

Las conferencias de Costello dentro de las conferencias de Coetzee piden al público que «abra el corazón y escuche lo que el corazón dice». ¿Tienen derechos los animales? ¿Tenemos los seres humanos obligaciones para con ellos, independientemente de si tienen derechos? ¿Cómo es el alma de los animales? ¿Cómo es la nuestra? Costello no responde a estas

preguntas —demasiado filosóficas— en sus conferencias. Presuponen que la mente puede guiar al corazón, una presunción que la experiencia de Elizabeth Costello la ha llevado a rechazar tras una larga vida intentando convencer a otras personas de su perspectiva sobre los animales. De cualquier manera, como Costello afirma ante su público en Appleton, «si hubieran querido que alguien viniera aquí y distinguiera por ustedes entre almas mortales e inmortales, o entre derechos y obligaciones, habrían llamado a un filósofo, no a una persona cuyo único mérito para merecer su atención es haber escrito historias sobre personas ficticias».

Coetzee agita nuestra imaginación con una novelista elocuente, lúcida, anciana y cada vez más alienada que no puede evitar sentir desesperación ante sus semejantes —muchos de ellos académicos— por la innecesaria crueldad con la que tratan a los animales. Aunque no lo admitan, están comprometidos con la crueldad. La historia nos exhorta a replantearnos nuestra devoción por la razón como valor universal. ¿Se sustenta el universo en la razón? ¿Es Dios un dios de la razón? Si es así, entonces «el hombre se corresponde con Dios y los animales con las cosas». Pero Elizabeth Costello discrepa vehementemente de esta perspectiva antropocéntrica: «la razón no es la esencia del universo ni la esencia de Dios. Al contrario, la razón me parece sospechosamente parecida a la esencia del pensamiento humano; peor aún, a la esencia de un tipo específico del pensamiento humano».

¿Se excede Costello en su protesta? Aunque sostiene que la filosofía es completamente incapaz de hacer que nuestra actitud hacia los animales sea ética, también recurre conscientemente a la filosofía en sus conferencias, a menudo para demostrar la debilidad de esos argumentos filosóficos que consideran inferior la vida de los seres no racionales por el mero hecho de su irracionalidad. «¿Qué tiene de especial el tipo de conciencia que conocemos y que prohíbe matar a quien la posee, pero no a un animal?». A diferencia de los filósofos, los poetas parten de una «intuición íntima» de la experiencia animal. Eso les lleva a reconocer

el crimen que supone matar a cualquier animal capaz de experimentar la sensación de estar vivo en el mundo. Costello nos compele a reconocer lo accesible que resulta esa simpatía hacia la plenitud del ser animal. «Si somos capaces de pensar en nuestra propia muerte —pregunta—, ¿por qué demonios no deberíamos ser capaces de pensar en la vida de un murciélago?».

Entonces, ¿cuál es el motivo para intentar comprender desde dentro la vida de los animales, si no la moralidad? Sin embargo, Costello no se mueve por una convicción moral, sino, como ella misma dice, por «el deseo de salvar mi alma». No es tan engreída como para creer que lo ha logrado, aunque trata a sus detractores como si hubieran olvidado las suyas. Rechaza los elogios del rector del Appleton College cuando afirma —en un intento de calmar la tensión— que admira su forma de vida. En respuesta, Costello señala que tanto sus zapatos como su bolso son de cuero. «Ciertamente se puede establecer una distinción entre comer carne y llevar prendas de cuero», argumenta el rector en su defensa. «Grados de obscenidad» es la intransigente respuesta de Costello. El rector solo ha conseguido aumentar la tensión. Costello se niega a aceptar la admiración como resultado de sus discursos. Puede que su sensibilidad y sus acciones sean más consideradas que las de sus semejantes, pero no dejan de ser, a pesar de todo, una profunda fuente de agonía.

Costello es consciente de sus fortalezas y limitaciones. Se adelanta a su crítico más hostil al reconocer que sabe que «este tipo de discurso polariza a la gente y los argumentos fáciles solo empeoran las cosas». El tipo de discurso al que se refiere es una analogía que establece repetidamente entre la forma en que sus semejantes tratan a los animales y la forma en que el Tercer Reich trataba a los judíos. «Al tratar a otros seres humanos, seres creados a imagen de Dios, como bestias —dice refiriéndose a los nazis—, ellos mismos se convirtieron en bestias». Y continúa: «estamos rodeados por una industria de degradación, crueldad y muerte que rivaliza con cualquier cosa de la que fuera capaz el Tercer Reich».

La vida de los animales

J. M. Coetzee

Los filósofos y los animales

ÉL ESTÁ ESPERANDO en la puerta cuando llega su vuelo. Han pasado dos años desde la última vez que vio a su madre. No puede evitar impresionarse ante lo mucho que ha envejecido. Su pelo, antes salpicado por algunas canas, es ahora completamente blanco. Tiene los hombros caídos. La carne se le ha vuelto flácida.

Nunca fueron una familia efusiva. Un abrazo, unas palabras en voz baja y se dan por finalizados los saludos. En silencio siguen el flujo de pasajeros hasta la sala de recogida de equipajes, él agarra su maleta y emprenden el viaje de hora y media en coche.

—Un largo vuelo —comenta él—. Debes estar cansada.

—Con ganas de dormir —dice ella. Y, en efecto, durante el camino duerme un rato con la cabeza recostada contra la ventanilla.

A las seis en punto, mientras anochece, aparcan frente a su casa de las afueras de Waltham. Su mujer Norma y sus hijos salen a recibirlos. En una exhibición de afecto que debe costarle un gran esfuerzo, Norma abre los brazos y exclama: «¡Elizabeth!». Las dos mujeres se abrazan. Los niños, educadamente, aunque más comedidos, siguen su ejemplo.

La novelista Elizabeth Costello se quedará con ellos los tres días de su visita al Appleton College. A él no le entusiasma la

idea. Su mujer y su madre no se llevan bien. Hubiera sido mejor que se quedara en un hotel, pero él no se atrevió a sugerirlo.

Las hostilidades empiezan casi de inmediato. Norma ha preparado una cena ligera. Su madre se da cuenta de que solo ha puesto tres platos.

—¿No cenan los niños con nosotros? —pregunta.

—No —contesta Norma—. Cenar en su habitación.

—¿Por qué?

La pregunta es innecesaria; conoce de sobra la respuesta. Los niños cenar aparte porque a Elizabeth no le gusta ver carne en la mesa y Norma se niega a cambiar su menú para amoldarlo a lo que llama «la delicada sensibilidad de tu madre».

—¿Por qué? —pregunta Elizabeth Costello otra vez.

Norma la mira con indignación y suspira.

—Madre —dice él—, los niños cenar pollo. Esa es la única razón.

—Ah —responde ella—. Ya veo.

Su madre ha sido invitada al Appleton College, donde John es profesor asociado de física y astronomía, para que imparta la conferencia anual de la Cátedra Gates y se reúna con los estudiantes de literatura. Puesto que Costello es su apellido de soltera, y puesto que él nunca ha considerado necesario hacer pública su relación con ella, cuando la invitaron nadie sabía que la escritora australiana Elizabeth Costello tenía vínculos familiares con la comunidad de Appleton. Él preferiría que siguiese siendo así.

Elizabeth Costello es mundialmente conocida por *La casa de la calle Eccles* (1969), una novela sobre Marion Bloom, la esposa de Leopold Bloom, actualmente considerada una obra precursora de la ficción feminista como *El cuaderno dorado* o *Noticias sobre Christa T.* En la última década ha surgido a su alrededor toda una pequeña industria crítica. Existe incluso una revista llamada *Elizabeth Costello Newsletter*, publicada en Albuquerque, Nuevo México.

Gracias a su reputación como novelista, esta mujer carnosa de pelo cano ha sido invitada al Appleton College para hablar de un tema de su elección. El tema elegido no ha sido su persona ni

su literatura, como sin duda les hubiera gustado a sus anfitriones, sino uno de sus caballos de batalla predilectos: los animales.

John Bernard no ha hecho pública su relación con Elizabeth Costello porque prefiere labrarse su propio camino en la vida. No es que se avergüence de su madre. Al revés, está orgulloso de ella, a pesar de que tanto él como su hermana y su difunto padre aparecen en sus libros de una forma que a veces le resulta hiriente. Pero no está seguro de querer escucharla hablar otra vez sobre los derechos de los animales, más aún sabiendo que después, en la cama, tendrá que aguantar los comentarios despectivos de su mujer.

Conoció a Norma y se casó con ella cuando ambos eran estudiantes de posgrado en la Johns Hopkins. Norma es doctora en Filosofía y especialista en filosofía de la mente. Después de mudarse con él a Appleton ha sido incapaz de encontrar una plaza de profesora, lo cual es una fuente de frustración para ella y de conflicto conyugal.

Norma y su madre nunca se han llevado bien. Probablemente hubiera rechazado a cualquier mujer con la que él se casase. Por su parte, Norma nunca ha vacilado en decirle que sus libros están sobrevalorados, que sus opiniones sobre los animales, la conciencia animal y las relaciones éticas con los animales son insustanciales y melodramáticas. Estos días está escribiendo un ensayo para una revista de filosofía acerca del aprendizaje lingüístico en primates. No le sorprendería que su madre apareciera desdeñada en una nota al pie.

A él ambas posturas le son indiferentes. De niño tuvo hámsteres durante un tiempo. Si no fuera por ellos, su familiaridad con los animales sería nula. Su hijo mayor quiere un cachorro. Norma y él se resisten. No les importa tener un cachorro, pero prevén que un perro, con las necesidades sexuales propias de los perros, no les traerá más que problemas.

Su madre tiene derecho a sus convicciones, piensa él. Tiene derecho a pasar sus últimos años haciendo campaña contra la crueldad hacia los animales. Dentro de unos días, afortunadamente, ella partirá hacia su próximo destino y él podrá volver a su trabajo.

Su primera mañana en Waltham la pasa durmiendo. Él se va a dar una clase, regresa a la hora de comer y la lleva a dar una vuelta en coche por la ciudad. La conferencia está programada para última hora de la tarde. Luego habrá una cena de gala ofrecida por el rector a la que están invitados él y Norma.

Elaine Marx, del Departamento de Filología Inglesa, presenta la conferencia. Él no la conoce, pero supone que ha escrito sobre su madre. Se da cuenta de que, en su presentación, ni siquiera intenta relacionar las novelas de su madre con el tema de la conferencia.

Le llega el turno a Elizabeth Costello. A él le parece vieja y cansada. Sentado en primera fila al lado de su mujer, trata de transferirle algo de fuerza.

—Señoras y señores —comienza Costello—. Dos años han pasado desde la última conferencia que di en Estados Unidos. En aquella ocasión me pareció necesario referirme al gran fabulador Franz Kafka y su relato «Informe para una academia», donde un simio civilizado, Pedro el Rojo, cuenta ante los miembros de una sociedad científica la historia de su vida, su ascenso desde la bestialidad hasta algo cercano a la humanidad.¹ Como dije entonces, me sentía un poco como Pedro el Rojo. Hoy esa sensación se ha acrecentado por razones que, espero, les quedarán claras.

»Las conferencias suelen empezar con comentarios desenfadados que pretenden ganarse la amabilidad del público. La comparación que acabo de trazar entre mi persona y el simio de Kafka puede tomarse como uno de esos comentarios desenfadados con los que intento decir que soy una persona normal, ni una diosa ni una bestia. Incluso aquellos de ustedes que interpretan el relato de Kafka sobre el simio entre los seres humanos como una alegoría del propio Kafka y de los judíos entre los gentiles,² puede que, sin embargo, teniendo en cuen-

1 Vid. J. M. Coetzee, «Realismo» en *Elizabeth Costello*, Barcelona, Penguin Random House, 2004, pp. 7-39. Traducción de Javier Calvo.

2 Vid. Frederick R. Karl, *Franz Kafka*, Nueva York, Ticknor & Fields, 1991, pp. 557-558.